

rable hastío que la condujese á cometer cualquier locura.

Pero la existencia que sus parientes le ofrecían ¿no sería también peligrosa, y tal vez tan triste y estéril como la que al presente llevaba? ¿Hallaría en las frívolas y raras ocupaciones sociales sustento para su espíritu? ¿Podría amoldarse á aquella vana agitación, á la charla superficial, á la amabilidad ficticia, á ese modo de ser artificioso que constituye las gracias de una mujer de buen tono y que tanto violentaban su naturaleza recta y sencilla? Profunda tristeza invadió su alma y un pensamiento fijo torturaba su cerebro, ya fatigado con tan gran cúmulo de ideas. Acudió á su memoria el recuerdo de aquellos caballos salvajes que los servidores de su padre cazaban en el desierto, y á los cuales veía llegar con las patas trabadas, echando espuma por la boca, lanzando rayos por los ojos y con las crines erizadas de espanto. Presos en pequeño espacio de terreno, su furia cedía al cabo de algún tiempo, dejaban acercárseles á los encargados de cuidarlos, y al fin aparecían un día ensillados ó arrastrando un carruaje, completamente domados y prontos á cumplir su obligación, sin conservar de su soberbia altivez más que una elegante fogosidad que aumentaba su valor. Los hermosos potros, nacidos para galopar libres por las llanuras sin límites, se sometían, como los demás, ante la fusta ó el látigo. Bien

podía compararse su destino venidero al de aquellos esclavos del hombre. Sí; también iba á trocar su libertad querida por una elegante esclavitud. ¿Se habituaria á hacer la vida de sociedad donde sólo triunfaba la hipócrita política, la dulce adulación, ella, tan libre en sus aptitudes, tan franca en sus frases? ¿No convenía más á su carácter la soledad de su pequeña quinta, donde tal vez, al alejarse, dejara para siempre la dicha de su alma?

Todas estas ideas giraban en su mente sin permitirle notar que la luz del día se alejaba sumiendo el salón en tinieblas. Su doncella, al anunciarle la hora de la comida, la sorprendió desagradablemente, obligándola, á su pesar, á entrar en la realidad que tanto la asustaba. Se levantó, pasó al comedor; inmenso para ella sola, y comió tristemente; después subió á su habitación, donde se encerró con su perro Michigán. Cuando su tía vivía, todas las noches, después de comer, pasaba Lydia al salón para jugar un rato con la buena señora y charlar luego del país y de los seres queridos, nunca olvidados. Cuando, como por encanto, llegaba la hora de recogerse, las dos se separaban después de darse un beso, felices por el día transcurrido y tranquilas por el venidero. Lydia desde entonces no volvió á entrar en el salón, lleno de tan desconsoladores recuerdos, y sola en su cuarto, cerca del fuego encendido en la chimenea, oía

silbar el viento, que agitaba con fuerza las ramas de los árboles.

Tomó un libro para leer, pero sus ojos recorrieron los renglones sin fijarse en lo que decían. Se levantó y comenzó á pasear con agitación, seguida de la mirada del perro, receloso de tan repentinos cambios, hasta que, llena de fatiga, experimentando una laxitud extraña, como si hubiese dado una carrera muy larga, llamó á la doncella, para terminar de una vez una velada llena de tan dolorosas impresiones, y se acostó. Su sueño fué febril y agitado, y en sus pesadillas presentóse ante su vista la señora de Fontenay, llorosa y suplicante, tendiéndola los brazos. A su lado estaba Armando triste, como jamás le había visto, y al querer saber la causa de sus penas no obtuvo respuesta. Despertóse con sobresalto y tres veces comenzó el mismo sueño, en el cual veía á la señora de Fontenay anegada en lágrimas y á Armando pálido y sombrío.

Al levantarse del lecho se sintió profundamente inquieta por esta pregunta fija en su imaginación: ¿por qué la condesa aparece á mi vista bajo tan desolado aspecto? ¿A qué obedece la tristeza de Armando? ¿Serían aquellos signos de dolor hijos de las escenas en que los condes de Fontenay la habían hecho intervenir? Su sueño retrasaba, sin duda, los hechos, puesto que posteriormente el horizonte se había serenado. Le produjo gran inquietud el trastorno moral que la oprimía

y la facilidad con que aquella obsesión la dominaba, pues, para su criterio práctico y positivo, aquel trastorno era un fenómeno nuevo. ¡Grande fué su temor de que tales agitaciones anunciassen otras más graves para el porvenir! Su inquietud y su perplejidad no tuvieron límites.

A las dos de la tarde, después de coger su abrigo y su sombrero, llamó á su fiel perro y atravesó á pie el boulevard Maillot para entrar en el bosque por la puerta de Madrid. El tiempo era hermosísimo y el sol brillaba en medio de un cielo azul pálido, oscurecido á grandes trechos por masas espesas de ramas, entre las cuales los cuervos se perseguían con rápido vuelo por cima de las copas de las encinas. Sólo interrumpía el silencio el acelerado correr de los carruajes por los frecuentados paseos. Hacía más de una semana que Lydia había permanecido en su casa, y el ejercicio, al activar la circulación de su sangre, coloreó sus pálidas mejillas, produciéndole un infinito bienestar. Su paso cadencioso repercutía sobre el duro suelo, obligando al perro que iba delante á volver la cabeza á cada momento como para animarla á que apresurase la marcha. Sentíase reanimada y veía con placer huir de su imaginación las sombrías imágenes de un porvenir tenebroso, para dar paso á la esperanza que parecía descender de la luz de tan hermoso cielo.

Su espíritu, naturalmente vigoroso y positivo, entrevió la situación bajo un aspecto distinto del

de la víspera, comprendiendo que en su alma se anidaban dos efectos sucesivos muy opuestos, pues el uno era hijo de los ensueños de la noche y el otro de las risueñas claridades del día. No pudo menos de sonreír como un niño que, engañado por la aparición de una figura extraña, surgida de la oscuridad, reconoce al rayar el alba que el espectro, el fantasma aterrador era algún objeto familiar, agrandado y transformado por las tinieblas. Un efecto semejante fué el que experimentó. ¿Qué funesta suerte le esperaba decidiéndose á vivir con su familia y á compartir su existencia elegante y grata? ¿Qué preocupaciones y pesares habían de amenazarla en el mundo? El dolor, de igual modo que el placer, debían ser bien superficiales para las gentes de la alta sociedad, tan fútil y ligera. Y, sobre todo, después del dolor experimentado por la muerte de sus padres primero y por la desgraciada pérdida de la excelente señora Mathiseu luego, ¿qué podría sucederle que no lo soportase casi con indiferencia?

La confianza invadía poco á poco su corazón, lleno un momento antes de miedo y desaliento, acabando por considerar que la modificación de su existencia era muy aceptable y conveniente. Reflexionando de este modo, llegó cerca de Loughchamps, tomó el paseo de Bagatelle, subió á lo largo de los *hoteles* y quintas próximas á la puerta de Madrid, salió del Bosque y entró

en su casa. La tarde transcurrió tranquila y el día siguiente sin accidentes notables. Había vuelto á posesionarse de su tranquilidad de espíritu, turbada por un instante, y pronto adoptó su resolución.

Era imposible no aceptar los ofrecimientos de la condesa de Fontenay; responder con una negativa á las indicaciones afectuosas de la noble señora hubiera sido dar pábulo á nuevas sospechas, y Lydia, ante aquella idea, experimentaba una profunda irritación. Además, su soledad y su falta de apoyo no eran los mejores pretextos para justificar su alejamiento de la familia.

Sin darse cuenta de ello, también la arrastraba hacia aquel cambio la curiosidad de conocer la sociedad en que nunca había penetrado y que constituye por sí sola un mundo. Lo mal que había oído hablar de ella, su brillo exterior, los esfuerzos que hacían por ser admitidos en la misma aquellos á quienes estaba prohibida la entrada, todo la atraía. Mientras no solicitó su presencia la trató con desdén; pero cuando se le abrían de par en par sus puertas era natural que venciese su intransigencia y penetrase en su centro con pie firme.

Al fin y al cabo no era ninguna intrusa, puesto que los suyos vivían en aquel ambiente y la harían sitio en él, donde su riqueza le daba derecho á ser respetada é independiente.

—Nadie me contrariará—decía—en aquello que me agrada, pues los que no se adaptan á las reglas generales pasan fácilmente por excéntricos, y nada me importa crearme tal fama á costa de conservar mi querida libertad.

Una firme oposición batallaba en su interior á la idea de su nuevo método de vida, y tomó el firme propósito de contestar á toda clase de objeciones con una frase que no tuviese réplica, como, por ejemplo: «Pues así lo quiero.» Después, sonriéndose, añadió:

—¡Quién sabe si mi familia se arrepentirá de haberme tomado á su cuidado y haberme hecho abandonar mi retiro, y si les produciré más disgustos que satisfacciones!

Su exaltación se calmó pronto. Dejó transcurrir una semana á fin de reflexionar el pro y el contra del problema, y, por último, se preparó á cumplir su palabra de devolver á la condesa su visita. Escribió dos letras anunciando su llegada, y á la hora convenida se presentó ante la puerta del palacio de Fontenay.

Esas casas aristocráticas antiguas, espaciosas y solemnes, ejercen sobre la imaginación una innegable influencia. La señorita Audrimont no se vió libre de ella al hallarse sola en medio del salón, rodeada de tanto lujo y de tan severa magnificencia. Nada de lo que había visto hasta entonces podía darle una idea de aquel interior, enriquecido por el buen gusto de sus dueños, año

tras año, con los más suntuosos muebles y los más preciosos objetos de arte. Algunos notables retratos del siglo pasado llamaron su atención y entre ellos uno al pastel de Latour, representando un coronel de dragones, joven que, bajo su peluca empolvada y su rostro afeitado ofrecía el más exacto parecido con el conde Armando. De pie en medio del vasto aposento, con los ojos fijos en las pesadas tapicerías, en el oro encerrado en las vitrinas, en el esmalte resplandeciente de las porcelanas, su admiración fué creciendo hasta el punto de no haber oído el ruido de una puerta que se abrió detrás de ella y de no ver á la condesa hasta que la tuvo á su lado.

Las dos mujeres permanecieron un instante frente á frente, examinándose, pues en la anterior y tempestuosa entrevista ninguna de ellas pudo contemplar en la otra su natural fisonomía. El aire distinguido de la señora de Fontenay y la expresión bondadosa impresa en su rostro conmovieron á Lydia, impresionándola sobremanera é imponiéndole una especie de respetuosa simpatía. Mina, á su vez, encontró encantadora á la señorita Audrimont por su altivez algo hostil, su distinción de raza y la sencillez espontánea con que se presentaba. Sonrióse, y tendiéndole la mano la atrajo hacia un sillón.

—Señora condesa—dijo la joven con un ligero acento extranjero que daba á sus frases

un sabor particularmente encantador—ya ve usted cómo cumplo mis promesas. Dije que vendría á esta casa; heme aquí.

—Soy muy dichosa al ver á usted en ella—dijo Mina—sobre todo si usted me da la esperanza de no volver á separarse de mí.

—No pida usted tanto, señora, sin estar segura de que no ha de arrepentirse después... Nada sabe de mí... no me juzgué usted sin conocerme.

—¿Tanto hace falta para juzgar á las gentes? Mi primer impulso no suele engañarme, y ha sido en favor de usted. Además—añadió alegremente—si tiene usted defectos, la familia está obligada á disculparlos.

¿Quién sabe si tendrá usted la sorpresa de encontrarme mucho más imperfecta de lo que cree? Entonces la que se verá obligada á mostrar indulgencia será usted... Por último—y al decir esto la señora Fontenay recobró su seriedad—su entrada en la familia es una especie de reparación que le ofrecemos de los yerros de que sus padres nos acusaban; no creo que ante tan justa causa podrá usted negarse á permanecer aquí.

Al escuchar aquellas frases pasó por los ojos de Lydia una llamarada y sus mejillas se sonrojaron.

—Lo que acaba usted de decir, señora—respondió—no me permitiría dudar si no hubiese ya resuelto anteriormente aceptar tan afectuosos ofre-

cimientos. No quiero, sin embargo, que quede usted en la creencia de que, sólo por obtener una satisfacción de amor propio, me decido á cambiar mis resoluciones y á modificar mi género de vida; es sólo una conquista de la graciosa simpatía y la bondad de usted. Sí, por usted es por quien lo hago, no por mí. Comprendo la dicha que me proporcionará el trato más íntimo con usted y lo fácil y dulce que me será quererla.

A los ojos de Mina asomaron dos lágrimas. Estrechó á Lydia entre sus brazos, la besó con efusión, y las dos mujeres, que durante una hora se habían mirado amenazadoramente, no encontraron entre sí más que dulces sonrisas. El tierno corazón de la señora de Fontenay se ensanchó, experimentando un delicioso placer, porque la idea de odiar era superior á sus fuerzas, y vió el cielo abierto al poder unirse á aquella adorable niña por lazos casi maternos. Miróla dulcemente, y acariciando con emoción sus cabellos con su blanca mano, dijo:

—Yo podría tener una hija de vuestros años si el cielo no me hubiese rehusado la dicha de ser madre. ¡Qué felicidad sería para mí cuidarla y velar por ella durante todas las horas del día! Dios aminora mi tristeza al conducir á usted á esta casa. Ha conquistado usted mi cariño y creo que llegará á quererme mucho; con respecto á mí, le prevengo que ya la profeso un tierno afecto.

Ambas estaban juntas, con las manos entre-

BIBLIOTECA DE MUSEO LEON
 A. F. 1000
 no. 1223. MONTEFIORE, 1911

lazadas, contemplándose con igual satisfacción. Todas las prevenciones de Mina desaparecieron, y su noble pecho se purificó de sus anteriores celos. Sí, tenía confianza en Lydia, y hubiese asegurado con toda su alma que nunca un mal pensamiento pudiera anidar en la mente de la joven. Su candor y su honradez se leían en la límpida mirada de sus azules ojos.

—Estoy contentísima—dijo con la vehemencia que su nueva ternura le prestaba.—Ahora me pertenece usted por completo.

Lydia se levantó y dijo dulcemente:

—Aun no, todavía me debo al luto que visto y á mis tristes recuerdos... Ya ve usted que cedo á sus deseos de someterme á sus cuidados; pero anhelo permanecer aún por espacio de algunas semanas en mi modesto retiro... Debo esa prueba de respeto á la persona que acabo de perder y que tanto me quería... Debo llorarla aún como merece ser llorada. Una vez espirado el plazo que marqué, me vendré á su lado; pero durante el tiempo que dure mi ausencia, ruego á usted y al conde que no me visiten. Necesito estar sola para entregarme á mis reflexiones, para dar una eterna despedida á la solitaria existencia que he llevado hasta hoy.

—Está bien—dijo la señora de Fontenay—debo respetar esa voluntad, aun cuando me separe de usted con tristeza... Así será mayor mi alegría al volver á verla.

Se levantaron. Lydia atravesó el gabinetito de la condesa y, acompañada por ella, salió á la galería que caía sobre la magnífica escalera principal. Cuando se preparaba á despedirse se abrió una puerta y por ella aparecieron el conde y el barón de Cravant. Ambos se detuvieron al ver á las dos damas, y Armando, algo pálido, sonrió y tendió á Lydia la mano. El barón saludó, y aproximándose á la señora de Fontenay miró con gran curiosidad á la encantadora joven, á quien veía por vez primera en la casa. Entonces Mina, volviéndose hacia la huérfana, la presentó al barón.

—Don Pablo de Cravant; la señorita Audrimont.

El barón se inclinó con ceremoniosa elegancia.

—Hasta muy pronto—dijo la condesa á Lydia.—Y luego para siempre.

La joven respondió con voz clara:

—Para siempre, señora. Hasta la vista, primo.

Cuando el barón levantó la cabeza, Lydia bajaba la escalera y sólo pudo admirar su esbelto talle y el brillo dorado de sus cabellos rubios. La siguió con la vista, y cuando hubo desaparecido se acercó á la condesa y le dijo:

—¿Señorita Audrimont... una prima de Armando? Nunca oí hablar de ella á ninguno de los dos.

—Es verdad—dijo la señora de Fontenay.—

No la conocíamos; acaba de llegar de las colonias.

—Os doy la enhorabuena. ¡Es preciosa!

—¿Verdad que sí?—dijo la condesa.

Y, acompañada por ambos, volvió al salón.

VII

Eran las diez de la mañana; el sol brillaba en un cielo sin nubes, y la espuma de la alta marea, salpicando la playa de Deauville, despedía vivos reflejos que dañaban la vista. Ante la escalinata de una de esas hermosas *villas*, que, rodeadas de exiguos jardines, tienen las proporciones de castillos cuyos parques hubieran desaparecido, hallábase un landó escoltado por un grupo de alazanes magníficamente enjaezados, que golpeaban impacientemente con sus cascos la arena, sujetos del diestro por unos cuantos lacayos. Al cabo de algunos instantes, la condesa de Fontenay, cuya cabeza cubría un lindo sombrero, apareció con una sombrilla en la mano, acompañada de la baronesa Tresorier y de la linda señora de Jessac, y tras ellas Armando, el barón Tresorier, el elegante Firmont, acompañante obligado de las gentes del gran mundo, y Pablo de Cravant. La señora Tresorier y todos los hombres, excepto el actor mimado de los

salones, estaban en traje de montar. La condesa se adelantó, y dirigiéndose á uno de los lacayos, dijo:

—Ashton, entérese de si la señorita Audrimont está dispuesta...

El muchacho dió á uno de sus compañeros la brida de su caballo, y ya iba á atravesar el jardín, cuando una puertecilla abierta en la pared y oculta por las enredaderas se abrió, dando paso á Lydia, vestida de amazona, con sombrero gris.

Su mano enguantada oprimía un delgado junquillo con puño de oro.

—¿He tardado?—preguntó al ver á todo el mundo reunido al pie de la escalinata.—¿Os he hecho esperar?

—Nada de eso; nosotros somos los que nos hemos adelantado—dijo la señora de Fontenay tendiéndole la mano.

Lydia la cogió y aproximó su rostro á los labios de la condesa, que la besó cariñosamente. Después, dirigiéndose al grupo reunido bajo la techumbre de cristal que cubría la escalinata, repartió sus saludos y apretones de manos, con las mejillas deliciosamente animadas, la mirada alegre y la boca entreabierta por una constante sonrisa.

—¡Qué deliciosa mañana!—exclamó con íntima satisfacción.—¡Qué agradable va á ser el paseo! ¡Oh! ¿Pero usted no monta?—dijo diri-